

la elevación del pensamiento, la elegancia y un criollo donaire de pura estirpe hispana.

Como es de hispana y criolla estirpe la pluma gravemente regocijada que escribiera hace apenas unos años, «Entre Espadas y Basquiñas», y que ahora escribe la bella biografía de este prócer de la lengua. De un parecido fidelísimo, orlada por el áureo marco apologético que adecuadamente le ha destinado Hermelo Arabena, aquí queda la cabal personalidad de don Enrique Nercasseau y Morán, colgada en el tiempo de espaciosos límites.—GUILLERMO KOENENKAMPF



«SOMBRA Y SENTIDO DE OMAR KHAYYAM», por *Benedicto Chuaqui*

Hemos llegado a pensar que el juicio literario, más o menos certero, o, simplemente, el juicio bien intencionado que clasifique, con honradez e investigación rigurosa, la producción de nuestros autores, se ha ido poco a poco perdiendo y es posible creer en su definitivo exterminio. Puede ser ello un mal importado que nos aplicamos a nosotros mismos, el boscaje y la nebulosa venidos desde afuera para juzgar nuestra obra artística con vaguedad o escasa información. Lógico es pensar en un fenómeno de esta naturaleza trasplantado a nuestro suelo, ya con raíces profundas, y en el vicio de la desconfianza europea que prendió como llama anhelante entre los cronistas de la crítica encargados de informar sobre un libro a la ligera, con urgencia precipitada. No podemos olvidar que, en España, Unamuno, al referirse en una ocasión al proceso modernista de la poesía

americana, desconoció, sumergido en la vastedad de su erudición, el germen creador en la poesía de Julio Herrera y Reissig.

De ahí la exaltación confusa de los valores, la indolencia horrible con que se olvidan libros llenos de honradez y vigilia. ¿Por qué extrañar, entonces, que el sentido de la crítica entre nosotros se pierda y diluya en medio de una selva prejuiciada, con rigores atomizados y exigencias inconcebibles?

Es necesario, en consecuencia, extremar el cuidado al hablar de un autor nacional en medio de este escenario insólito. Es preciso reducirse, cuantos antes, ir hacia la cima lo más urgente posible, no perderse confundiéndose con los tantos que pululan y ejercen. Es peligroso subir al carro de los generosos, de los que observan, petrificados, desde un altar y señalan el gusto que les dicta una cultura alejada de la época, en abierta pugna con las nuevas tendencias.

No hay duda, que es la poesía la más vapuleada por este estado de cosas, por este clima indiferente, especial. Ella, en su vasto panorama, sufre la decrepitud del visitante literario que se asoma a los extramuros de su maravilla y elabora un mensaje en pugna y desafío con su esencia. Por ello, conviene hacer un alto en el silencio, sacudirse la soledad con su polvo de desconfianza, frente al último libro de Benedicto Chuaqui, «Sombra y sentido de Omar Khayyam».

Porque, ante la eternidad de Khayyam, Chuaqui fija la sublimidad de su poesía, a pesar de lo reducido del libro, tras la conjetura y análisis puramente humano, ajeno a la erudición fatigosa, que luego se transformará en certidumbre indiscutible por la sugerencia del relato y el conocimiento del tema. Sin ma-

yor alarde crítico ni altavoces, Benedicto Chuaqui ha sabido ejercer en este ensayo, lleno de matices propios y fundamentales aciertos, la base del goce artístico del esteticista: el ejercicio de la sinceridad, la búsqueda incesante del acierto, la desnudez total.

Con ello, Chuaqui nos lleva por los verdaderos caminos, nos guía con limpieza acuciosa, con la idea rectora de traducir por el juego del pensamiento sin ataduras la actitud espiritual que persigue.

Cuando el autor de «La eternidad contigo» traza la trayectoria de su héroe, lo hace con evidente alegría y fervor, subyugado por el poeta de las Rubayatas. Y ahí puede estar la plenitud que ofrece el ensayo, aparentemente vacío de bibliografía, pero lleno de matices interesantes, de profundo aliento, de un conocimiento cabal, no lejano de la acción erudita que, al parecer, el mismo Chuaqui ha tratado de alejar o evitar.

La actualidad de Omar Khayyam debe explicarse, en definitiva, en su apostura de vigía de lo eterno, vaciado en el cauce de una poesía de tipo universal, plegada a las grandes vicisitudes de la vida, del amor y la angustia. No otra cosa se desprende de su existencia atormentada, plena en el goce del halago y en la impetuosidad de los sentidos.

Siempre la lectura de Omar Khayyam nos recuerda a Shelley: «Todo cuanto queremos en el mundo, lo mismo que nosotros desaparece». ¿Sería posible que, también, el romántico inglés fuese influenciado, penetrado, por la magistral poesía del persa? Es que, sin duda, Khayyam está cerca, como muy bien lo hace notar Benedicto Chuaqui, de las corrientes poéticas más nuevas o novísimas de la poesía. Y ello, tal vez, mediante el sublime juego a que somete a todo el

misterio humano, la pasión por la vida y la angustia verdadera ante la temporalidad del hombre que, incluso, lo acercan al «Eclesiastés» y lo hacen eterno. Chuaqui dice: «En Omar existe un enorme drama intelectual. El ve con toda claridad la inutilidad de toda filosofía que no sea aquella que entroque con el disfrute inmediato de la vida. Esta convicción se acentúa al adquirir la certeza de que la existencia del hombre es un tránsito temporal, sin prolongación posible» (pág. 42). «Omar desea amar la vida porque tiene la convicción de que más allá no hay nada» (pág. 43).

Este hermoso y pequeño poema de Omar Khayyam vigoriza estos aciertos de su apologista: «¡Oh! Ven con Khayyam, el viejo, y olvida los discursos del sabio... Sólo una cosa es verdadera: que el reposo final es mentira: la flor que desplegó sus galas, muere después para siempre» (pág. 46).

Con la publicación de este beneficioso ensayo, que nos actualiza la figura y la poesía del gran poeta de ascendencia árabe a quien el tiempo renueva en el ímpetu de su esencia más pura, Benedicto Chuaqui, desde su tránsito por la bondad, sigue proyectando la dimensión de su obra, en la que actualiza la poesía y la novela árabe en traducciones como «La fuga de Abdul Hamid», «Pensamientos de Gibrán Jalil Gibrán» y la interesantísima antología «Treinta y tres poetas árabes», entre otras.

Porque aun no se ha hecho el recuento del aporte de Benedicto Chuaqui a la cultura chilena. Además de los libros citados, que representan un esfuerzo incalculable, de plausibles propósitos, nuestro autor tiene la singular característica de haber introducido en la novela chilena, desde la publicación de «Memo-

ria de un inmigrante», una veta nueva, intocada casi, que no es posible olvidar. En efecto, Chuaqui, portador de nuevos elementos, de filones de ascendencia oriental, incorpora a nuestra literatura tipos y figuras desconocidas, de importancia suma. El árabe trasplantado a nuestro suelo tiene en Chuaqui su novelista, el vocero de su azarosa vida, el poeta de sus sueños persistentes, sin reposo, llenos de sublimidad y poesía.

«Sombra y sentido de Omar Khayyam», publicado bajo el sello de las ediciones «Flor Nacional», que dirige el poeta Francisco Santana, lleva una introducción de Homero Bascuñán, «Omar Khayyam luz y resonancia en el alba del milenio», ensayo fino y vivaz, que complementa el estudio del hijo de Naishapur, del cual extraemos estas líneas: «Así era de grande este Omar, astrónomo y poeta, que, según sus biógrafos, nació en el año 1040 (1), en Naishapur, y su muerte física debe haber ocurrido en el año 1123. Y digo muerte física porque su recia personalidad de poeta, alzándose sobre sus inmortales rubayatas y haciendo de ellas un alminar de presencia perenne, sigue viviendo en el recuerdo y en el cariño de quienes consideran su obra como un símbolo de claves herméticas y de honda expresión humana».—ANTONIO CAMPAÑA.

---

(1) Chuaqui le hace nacer el 458 de la hégira, que corresponde al año 1062 del calendario cristiano.